

TÍTULO: CANDILEJAS
PSEUDÓNIMO: EL SANTO

Querida mía:

Escribo estas letras para ponerte al tanto de cómo va todo por aquí..., aunque presumo que eres fiel conocedora de los pormenores.

Cada mañana, al alba, me desperezco en el mullido sofá; hace mucho que no concilio el sueño en nuestra cama, que ha quedado sumida en un eterno vacío, condenada al olvido.

Me incorporo y efectúo leves movimientos a fin de desentumecer mis anquilosados huesos.

Tras un frugal desayuno en la cocina, me aseo, atuso mi poco pelo y perfilo las pobladas patillas. Acto seguido, me dirijo hacia el armario. Abro sus hojas cual libro. Examino las perchas. De entre los cientos de camisas que de ellas penden, opto por ponerme alguna de tonos luctuosos, a juego con mi estado de ánimo, desechando aquellas otras tan estrafalarias y de llamativos colores que antaño usaba.

Termino de arreglarme con el objetivo de ir a la calle; lo hago deprisa, con tu ausencia siento cómo el peso del techo de nuestro hogar se cierne sobre mí. Salgo. Cierro la puerta al tiempo que asgo el suave pomo pensando que no es una mera pieza de frío metal, sino tu delicada mano que viene conmigo, haciéndome compañía.

Ya en el exterior, con tal de no pensar, inicio mi itinerario de costumbre, una tan arraigada que por su iteración en el tiempo ha alcanzado el rango de ley. Camino por el paseo marítimo Antonio Machado; diviso la mar que hoy está agitada tal cual se halla mi intelecto, a punto de ebullición, pues son miles los recuerdos de ti que me asaltan a diario. Luego, toca ir al frondoso parque con sus exóticas especies; observo sus luengas palmeras e imagino que, como infinitos cipreses de camposanto, bien podrían ser unas escaleras cuyos peldaños me llevaran hacia a ti..., sin embargo, me resigno porque sé que aún no es mi hora. Deambulo entre los sinuosos y angostos senderos.

Y de allí, a la plaza de la Marina con su fuente de la que mana agua a raudales, al igual que mis glándulas lacrimales cada noche cuando me estrangula la soledad.

Mi intención es enfilear la majestuosa calle Larios... Pero, cambio de opinión y evito la turbamulta que, como suele pasar, en cuanto se percata de mi presencia, no hace sino detenerme. Para ello, me pierdo entre los callejones paralelos y eludo aquella arteria principal. Entro en un dédalo de callejuelas con *calzadas* adoquinadas que conforman las entrañas de mi ciudad, aquellas que desde que era *chiquito* han soportado el peso de mis pasos y que ahora, de anciano, padecen el lastre de mi alma hecha jirones.

Consigo, no sin esfuerzo, llegar al emblemático restaurante, una «segunda casa» para mí por no decir un refugio. En el interior de El Chinitas, voy directo hacia mi mesa, nuestra mesa. Tomo asiento y, mientras me sirven el almuerzo, sintiendo que estás sentada a mi vera, en la silla contigua, me abstraigo y escudriño los muros de aquel lugar, testigos mudos de una miríada de anécdotas, empapelados de carteles taurinos, instantáneas y retratos de gente ilustre de mi Málaga bella que son testimonio de su esencia y egregio pasado.

Ahora que no estás, me cuesta comer; mastico con lentitud, no solo por haber perdido el apetito, sino porque también demoro lo posible el momento en el que tengo que partir de nuevo al «huérfano» hogar... Y así un día, otro y otro más.

Te confieso que solo soy feliz el efímero lapso en el que estoy sobre el escenario; antes de ello, rodeado de tramoyistas, entre bambalinas, a punto de dar el salto —mi salto— a la palestra, ya no siento necesidad de entonar un sonoro quejío, como aquellos que abandonaban mi garganta en mi juventud, durante el periplo nipón.

Piso con firmeza las tablas. Una telaraña de focos me atrapa. Me fijo en uno de ellos y pienso que al final de ese túnel luminoso estás tú mirándome, como siempre. Y antes de dirigirme a un público atestado de «fistros duodenales y pecadores de la pradera nacidos después de los dolores» —al que tanto debo—, esbozo una sonrisa, clavo la mirada en ese potente haz de luz y pienso: «Va por ti, Pepita. Aguarda mi llegada, pronto estaremos juntos».

Te quiere, Gregorio.